Historia de la radio

Técnica y Tecnología

Cinco siglos después del nacimiento de la imprenta, una nueva tecnología logró hacer con la voz, esa forma tan primitiva de la comunicación humana, lo que antes sólo podía hacerse con la impresión: almacenarla, repetirla y transmitirla a grandes distancias.

La oralidad de la radio es, no obstante, una "oralidad secundaria" como la llama Walter Ong: una oralidad que necesita del texto manuscrito o impreso para ponerse en marcha.

Las primeras manifestaciones de lo que hoy conocemos como electricidad, magnetismo, imantación, provienen de los griegos, que habían comprobado la atracción que, frotando el ámbar, se ejercía sobre pequeñas partículas de diversas materias. La denominación del ámbar, en griego, es *elektron* y de ahí deriva el concepto de electricidad. Además, habían comprobado que ciertas piedras halladas en Asia Menor, en la zona de Magnesia, atraían las limaduras de hierro. Ése es el origen del término magnetismo, que es la fuerza de atracción de la piedra imán.

A través de los siglos, la aplicación de esos sencillos experimentos fue conduciendo, paulatinamente, al conocimiento y generación de la electricidad y a su aplicación en el campo de las comunicaciones en particular. Esas etapas atravesaron, en síntesis, por la llamada "botella de Leiden", la más antigua de las baterías, y por el electroimán. Correspondió al físico italiano Alessandro Volta, nacido en 1715, construir un aparato productor de electricidad, construido por discos de zinc y plata, alternados, separados entre sí por una capa de fieltro húmedo, al que se llamó pila de volta.

Los franceses Ampére y Laplace pusieron en práctica la idea de dar corriente eléctrica a un número de cables equivalente al de las letras del alfabeto, transmitiéndola mediante una aguja inmantada al extremo de cada cable.

Muchos nombres de sabios famosos se sumaron a este proceso que iba conduciendo hacia la invención del telégrafo: el ruso Paul von Schilling o los ingleses Michael Faraday o William Cooke y Charles Wheaststone, entre otros. Fueron, precisamente, los dos últimos, los que solicitaron en conjunto una patente de invención para un sistema telegráfico que aplicaron en 1837, en la línea ferroviaria del Euston a Camden Town, en Inglaterra.

Samuel Finley Breese Morse, inventor estadounidense nacido en 1791, se dedicó en un principio a la pintura, siendo fundador de la Academia Nacional de Diseño en su país, pero luego se volcó al campo de la técnica, inventando en 1837 el telégrafo eléctrico y el código de transmisión que lleva su nombre. La primera aplicación práctica fue la línea telegráfica entre Washington y Baltimore, inaugurada el 22 de mayo de 1844. El aparato registraba señales en un papel cada vez que se apretaba un manipulador. Al establecerse así el circuito, se activaba un electroimán, el que guiaba un lápiz sobre una cinta de papel movida por un rodillo, inscribiendo en ella una serie de puntos y rayas que podían interpretarse de acuerdo con la clave inventada por Morse.

El alfabeto que lleva su nombre comenzó a utilizarse internacionalmente a través de distintos sistemas telegráficos a medida que iban perfeccionándose.

Se acordó que la señal de tres puntos/tres rayas/ tres puntos (…---…) correspondientes a las letras S.O.S, caracterizarían el pedido de socorro.

Los tres inventos que transformaron el uso de la voz humana, el teléfono, la radio y el fonógrafo, fueron concebidos, en su momento, como mejoras en el sistema telegráfico.

Tomas A.Edison ideó el fonógrafo, porque pensaba que el teléfono de Graham Bell era menos práctico que el telégrafo que lo había precedido, ya que pocas personas podían permitirse tener un teléfono en sus casas. Edison pensó que sería mejor que el mensaje oral pudiese ser enviado

a una oficina local (como un puesto local de telégrafos) y que el receptor llamara para escuchar el mensaje grabado; no concibió el fonógrafo como un instrumento de ocio.
Previamente, Alexander Graham Bell había recibido financiación para perfeccionar el telégrafo múltiple, es decir, el telégrafo que podía enviar varios mensajes a la vez en un mismo telegrama, separando sus frecuencias. Pero Bell, maestro de sordos, tenía otra meta, y produjo un aparato que podía reproducir el registro interpretable de la voz humana.
Con el modelo del teléfono enfrente, muchos inventores vieron una progresión lógica de la tarea más fácil de transmitir el código Morse sin cable a transmitir la voz.
La aplicación del telégrafo permitió la salvación de muchas vidas desde que Guillermo Marconi inventó la telegrafía sin hilos. El científico italiano había nacido en 1874. Realizó experiencias en el laboratorio de Física de la Universidad de Bologna sobre las ondas electromagnéticas, como medio para establecer comunicaciones a distancia.
Ya en la época de la guerra civil norteamericana, James Maxwell, desde Escocia, había elaborado una teoría sobre misteriosas ondas electromagnéticas que viajarían a la velocidad de la luz. En 1888, el alemán Henrich Hertz demuestra esta teoría construyendo un aparato de laboratorio para generarlas y detectarlas: nacen así las ondas hertzianas.
Los primeros resultados importantes los logró Marconi en 1895 al transmitir y recibir señales a dos kilómetros de distancia. En 1901 consiguió el primer radio enlace trasatlántico y en 1919, comunicaciones entre estaciones costeras y buques de navegación; enlazó distancias de 6.000 millas. Más tarde perfeccionó su invento empleando ondas cortas que le permitieron asegurar la comunicación de Inglaterra con África del Sur, Australia y la India.
El primer salvamento de vidas que pudo efectuarse por el uso de la rediotelegrafía, ocurrió en 1899, al ser embestido el buque-faro de Easta Goodwin por el carguero R.F.Mattheus.
La existencia de un equipo de radio permitió la comunicación con estaciones costeras y el inmediato envío de auxilios al barco siniestrado. Marconi, quien en 1897 patentó el “telégrafo inalámbrico” y había formado su propia empresa, continuó los ensayos con nuevos elementos de telegrafía sin hilos. No obstante la eficacia demostrada por el sistema, no todas las estaciones costeras y sólo algunos barcos en navegación en altamar, se sumaron a la instalación permanente de equipos de radio. La tragedia del *Titanic,* en abril de 1912, demostró la absoluta necesitad de que todos los buques contaran con una estación de radio a bordo.
De la transmisión de señales se empezó a experimentar la transmisión de voces humanas con el teléfono, que, es un invento del siglo XIX. Su incorporación a la sociedad constituyó un factor importante al acelerar considerablemente la transmisión de noticias.
A principios del siglo XX existía una creciente avidez por conocer los sucesos que ocurrían más allá del lugar de residencia, ya fuera en el mismo país o lejos de sus fronteras. Las noticias antes llegaban con dos o tres meses de demora y aún más. El telégrafo acortó ese tiempo, dándole casi instantaneidad a los hechos producidos. Las agencias noticiosas lograron generar un caudal de información que antes estaba vedado a los diarios, proporcionándoles un panorama actualizado de cuanto sucedía en el mundo.
La aparición de la radiotelefonía vino a llenar una necesidad social de satisfacer ese deseo de conocer los hechos a través de las noticias, de recibir un aporte de cultura y entretenimiento, que habría de ampliarse con el cine y, posteriormente, con la televisión.
Es difícil establecer con precisión el momento y el lugar en el que se produce un invento, como es el caso de la radio, porque en diferentes lugares del mundo se venían realizando experimentos, prácticamente a partir del inicio del siglo. Pero existe una suerte de consenso de admitir que la primera patente de un equipo para transmitir modulaciones de la voz humana por medio de ondas radioeléctricas, data de 1901 y corresponde a Reginald Fressenden, profesor de Física de la Universidad de Pittsburg, que realizó pruebas con su aparato a partir de 1902. Sobre la base de

esta invento se realizaron, alrededor de 1906, emisiones experimentales de voces de seres humanos y de música, con singular alcance y nitidez para la época.
La Primera Guerra Mundial determinó una serie de medidas restrictivas para las emisiones de radio, las que se reanudaron a su término en 1918, con mayor vigor y frecuencia. En octubre de 1919, el Ingeniero Conrad, de la Compañía Westinghouse, un radioaficionado, efectuó desde su propia emisora una serie de transmisiones musicales.
En realidad, durante las dos primeras décadas del presente siglo, fueron muchos los aficionados a la radiotelegrafía que aportaron sus esfuerzos y su experiencia para estimular el desarrollo del nuevo medio. Así, en 1904, John Ambrose Fleming, técnico de la Compañía Marconi, sobre la base de las investigaciones de Thomas Alva Edison acerca de la lámpara incandescente, presentó el diodo, que fue perfeccionado por Lee de Forest, transformándolo, en 1906, en el tríodo o audión, que permitía el aumento de potencia de la señal inicial. Este invento se comenzó a aplicar recién en 1913, aunque durante ese lapso, de Forest realizó varias demostraciones, como la emisión efectuada en 1908 desde la Torre Eiffel, en París, que alcanzó un radio de 40 kilómemtros y la transmisión de un recital de Enrico Caruso, en 1910, desde la Metropolitan Opepra Hause, de Nueva York. En 1906, G.W. Pickard aportó alternativas menos costosas con las que se pudo reemplazar al diodo.
Un visionario de extraordinaria capacidad creativa fue David Sarnoff, un emigrado ruso rediente en Estados Unidos, quien se inició como telegrafista en la Compañía de Marconi. A él correspondió, estando de guardia, recibir los primeros mensajes que daban cuenta de la tragedia del *Titanic*, recogiendo los nombres de los sobrevivientes, lo que permitió pasarlos al periodismo. En 1915 Sarnoff presentó un proyecto a la Compañía a la que pertenecía, consistente en la fabricación en serie de una especie de “caja de música” capaz de recibir mensajes en distintas longitudes de onda mediante la simple manipulación de un botón. Los directivos de la empresa no le vieron futuro comercial a la propuesta del joven técnico, quien años más tarde, siendo empresario, logró materializarla al hallarse a cargo de la compañía RCA, una corporación nacida con el auspicio del gobierno estadounidense para reunir las principales patentes nacionales de radio.
Sin embargo, es mundialmente aceptado que la historia de la radio se inicia con el científico italiano Guillermo Marconi, aunque sería más justo decir que fue el fruto de una serie de iniciativas, ensayos y esfuerzos que desembocaron en un común denominador.
La acepción “radio”, equivalente a “broadcast” en inglés, fue impuesta por la marina estadounidense cuando por razones de practicidad, reemplazó al término “inalámbrico” por el de “radiotelégrafo”.
El gran salto se dio cunado Lee Forest inventó el tubo al vacío que permitía transmitir la voz humana en lugar de algunos simples puntos y rayas, de acuerdo con el alfabeto Morse. Con ese elemento se empezaron a realizar transmisiones periódicas, que se acentuaron entre 1919 y 1920, ya que la Primera Guerra Mundial había abierto un paréntesis en los ensayos. Fue a partir de 1920 que comenzaron a cederse permisos comerciales en los Estados Unidos y, apenas dos años más tarde, comenzaron a formarse en ese país grandes “cadenas” o “redes” de estaciones pertenecientes a importantes compañías privadas. La Westinghouse, por ejemplo, encomendó a uno de sus técnicos, el ingeniero Conrad, la instalación de una estación de radio con el fin de motivar la fabricación y venta de aparatos receptores. La iniciativa tuvo particular adhesión desde el principio, por lo que la empresa debió instalar tres emisoras.
La ATT, que no era fabricante de receptores de radio, introdujo la publicidad como respaldo económico de las emisiones, posiblemente tomando el ejemplo introducido por los Hermanos Del Ponte en la Argentina, con las primera emisora que inició en el mundo las transmisiones orgánicas y continuadas.

En 1926 David Sarnoff creó la National Broadcasting Company, una de las primeras cadenas estadounidenses de radio, tal como se la conoce en la actualidad.
Durante la década del 30, comenzaron los ensayos con frecuencia modulada, pero la falta de receptores adecuados en cantidad y costos accesibles, hizo que el sistema quedara aletargado durante muchos años antes de alcanzar el desarrollo que tiene en la actualidad en todo el mundo.
Los primeros aparatos receptores que aparecieron en la década del 20 fueron los llamados “de galena”, provistos de auriculares. La piedra galena es un sulfuro de plomo, cristalizable, dúctil, con fuerte brillo metálico, de color gris plomo con tinte rojizo, capaz de captar determinadas frecuencias de ondas. Más tarde aparecieron los aparatos de válvulas o lámparas, alimentados por baterías de pilas y dotados de altavoces que reproducían, en cierto modo, las trompetillas que usaban los sordos, pero en gran tamaño, llamados altoparlantes. De allí se pasó a los aparatos alimentados por electricidad, con diseños, tamaños y colores diversos, que fueron evolucionando, a partir de los gigantescos Telfunken o las radios “capilla”, denominadas así por su conformación ojival. Apareció también una válvula especial que mostraba con el abrir y cerrar un círculo verde, la mayor aproximación o alejamiento de la sintonía de cada emisora.
Una variante importante la introdujo el invento de los transitores, que fue logrado por los técnicos estadounidenses, en el año 1948, Bardeen, Brattain y Shockley, quienes trabajaban en la compañía telefónica de Bell.
Después de la Primera Guerra Mundial se fueron instalando en todo el mundo emisoras de radio. En Estados Unidos se dijo que la primera emisión de radio en el mundo correspondió a la realizada por la Westinghause, desde Pittsburg, el 2 de noviembre de 1920. Con ello se establece, implícitamente, la primacía argentina, ya que la primera transmisión en nuestro país, desde el Coliseo fue el 27 de agosto de ese año.
Las normas estadounidenses sobre radiotelefonía recayeron en la órbita del Departamento de Comercio, hasta que en 1927 se dictó la Primera Ley de Radiodifusión del país del norte, creándose la Comisión Federal de Comunicaciones que debió reglamentar el funcionamiento de más de 600 emisoras que se habían establecido hasta la fecha.
El surgimiento de la radiotelefonía y su rápido crecimiento determinaron la creación de normas legales, tanto a nivel nacional como internacional, establecidas en Congresos y Convenciones.
Las conclusiones del Convenio Internacional de Telecomunicaciones de El Cairo en 1938, fueron revisadas en la Conferencia de Atlantic City, Estados Unidos, en 1947. Allí nació la Unión Internacional de Telecomunicaciones, estableciendo normas obligatorias para todos sus miembros. Se le fijó la función de convenir el mejor uso de las frecuencias y consignarlas a las distintas regiones del mundo.
La radio fue, al inicio, música y noticias, incorporando el entretenimiento derivado del teatro mediante la emisión de obras adaptadas al nuevo lenguaje requerido por la radiofonía, hasta crearse un nuevo estilo, el radioteatro, que se alimentó de la literatura y el teatro universales, para crear luego sus propias obras y personajes.
En lo que hace a las noticias, la radio tomó de la prensa escrita su información, hasta ir conformando su propio estilo. En un principio se leían directamente las noticias aparecidas en los diarios, pero la prensa gráfica se sintió afectada por esa suerte de competencia y reaccionó, pretendiendo que las agencias de noticias que abastecían sus columnas, se abstuvieran de proporcionar informaciones a las radios, aduciendo que, con ese aporte, los oyentes se enteraban de las noticias mucho antes que éstas aparecieran en los periódicos, restándoles interés para el público. Ese problema se fue resolviendo luego de una encarnizada lucha, hasta llegar a una paz obligada entre el periodismo escrito y la radio. La radio no terminó con el periódico, lo cambió de alguna manera; los periódicos han adoptado más la interpretación de las noticias.

Paralelamente, creció el celo de los que hacían la radiodifusión por cuidar los elementos que la componen, como el correcto uso del idioma, lo que dio nacimiento a las primeras escuelas de locutores y a la especialización de los redactores. Pero poco a poco, el lenguaje se hizo más coloquial y ameno, con animadores menos encorsetados por las normas.
La Segunda Guerra Mundial permitió valorar en su real dimensión a la radio como medio de comunicación ágil, dinámico, vivo, masivo e irremplazable. Las noticias del conflicto bélico transmitidas por los corresponsales de guerra reafirmaron el realismo y la instantaneidad del medio.
El veloz crecimiento de la televisión que iba invadiendo los hogares, agregando la magia de la imagen, introdujo la presencia viva de astros y estrellas, de orquestas y conjuntos de baile e incorporó el teleteatro, decretando la muerte del radioteatro, o, por lo menos, su significativa disminución. La atención de la audiencia radiofónica se desplazó a la mañana y llegó al mediodía, adueñándose la televisión de casi todo el resto del día, para cederle algo de espacio a partir de la medianoche.
De la misma manera que la prensa escrita sobrevivió luego de la aparición de la radio, ésta creó también sus anticuerpos frente al embate de la televisión.

La Historia de la radio desde la perspectiva de una Historia Social de la comunicación

Si el fonógrafo, el teléfono y la radio fueron en principio concebidos como un perfeccionamiento de la telegrafía, el teléfono y la radio eran, como mucho, medio hermanos. En el ámbito social, eran en muchos aspectos polos opuestos. Lo que surgió como emisión de radio era “medio de masas” mucho más aún que los periódicos que habían aparecido en el siglo XIX. Fue un medio irreversible que dio a unos pocos productores de las capitales un modo de dirigirse a toda la nación. Era un instrumento que se escuchaba en el hogar, a solas o con la familia. Era la compañera de las horas solitarias, la droga de los que no tenían amistades.
El teléfono era lo contrario. Originariamente fue un instrumento de elite para gente ocupada. Cuando se generalizó, aún era un instrumento de la interacción de doble vía. En ese sentido, no podemos desestimar su importancia social. Llegó en la era de la evolución de la sociedad de masas. A principios de siglo los sociólogos describieron cómo una civilización urbana en expansión, estaba reemplazando a las comunidades rurales primarias. Las grandes ciudades, las grandes fábricas, la movilidad geográfica, la burocracia y los medios de comunicación estaban creando una sociedad marcada por la anomia, la impersonalidad y los productos poco diferenciados.
La radiodifusión había sustituido al pub de la esquina, a la reunión en la iglesia, a la banda local o el concierto. El teléfono era la antítesis, permitía mantener el contacto a aquellos que se habían alejado del viejo vecindario y de los familiares.
Los procesos de cambio urbano que se iniciaron a principios de siglo, florecieron en la década de los años 20, con el inicio de la radioemisión. La coincidencia de las transmisiones y la rápida urbanización fue una cuestión fortuita, pero significaba que la radio se había convertido en el medio de entretenimiento hogareño, en la que la población, en su gran mayoría, eran emigrantes lanzados al anonimato de las nuevas ciudades, que a menudo ni siquiera conocían a sus vecinos inmediatos ni pertenecían a ningún grupo organizado con su propia tradición cultural. Para esa gente, la radio tenía que proporcionarles mucho de los que a sus padres o abuelos les habían dado en las fiestas o ferias del condado, en reuniones religiosas semanales o en la sociabilidad y el entretenimiento casuales de la plaza del mercado.
La radio estaba en la casa; era ideal para la granja aislada o para el igualmente aislado habitante urbano para quien sus vecinos eran extraños. Era una actividad individual o familiar, y no

compartida con la comunidad o la iglesia. Y si contribuyó a la sociedad de masas al trasladar personas de los grupos comunitarios, también lo hizo al integrarlos a la masa desde el centro. La radio comercial norteamericana unificaba gustos y la radio nacional británica fue un canal central por el que una cultura consensuada era difundida a todos sin tener en cuenta la subcultura a la que pertenecían.

La radio en la República Argentina

Los medios masivos de comunicación en la Argentina tienen su punto de partida en el surgimiento de la radio en 1920. La prensa escrita preexistente nació con el propósito de representar intereses económicos-políticos y no se caracterizó por su masividad, en la medida que la cultura letrada no se extendía por todo el territorio, ni las tiradas de los diarios de época tenían cobertura sobre la totalidad del país. Tampoco se caracterizó por informar buscando neutralidad, ni por el abordar hechos con una pretendida objetividad; por el contrario, sirvió para difundir un conjunto de ideas que daban cuenta de la mirada de los sectores dominantes, sus tensiones, sus disputas, no sólo en torno a las cuestiones de Estado y de política en general. Además expresó la férrea voluntad de socializar los patrones culturales hegemónicos de clase que constituían su identidad.

Comenzar el análisis del surgimiento de la radio en la Argentina no puede quedar reducido a una cuestión inmanente, al medio en sí; desde un enfoque acorde con la socio política de las comunicaciones, implica dar cuenta de la situación contextual política, económica y social del país que sirvieron como marco para su desarrollo.

La Republica Argentina configuró su estructura económica con características macrocefálicas: una gran cabeza en Buenos Aires, donde se concentran los negocios a través del puerto y el resto del territorio –con algunas pocas excepciones-condenado al raquitismo y pauperización. A los innumerables conflictos entre clases y regiones del territorio nacional se suma el interés británico y su influencia a través del capital comercial, la industria y en menor medida el capital bancario londoniense, agravando aún más las tensiones. Pocos vínculos de intereses resultaban tan claros como los que unían al capitalismo inglés con la burguesía estancieril-comercial de Buenos Aires. Asociación que explica la desproporción del poderío de la capital en relación al interior del país, dejando a éste último, en el mejor de los casos como un socio menor. El capital británico favoreció la política de la oligarquía porteña, acelerando el proceso de acumulación capitalista en esa zona en desmedro del resto del país.

Hacia fines del siglo XIX se generaron en nuestro país un conjunto de cambios medulares en lo político, en lo económico y en lo social, que continuaron durante la primera década del nuevo siglo. De esta manera nos constituimos como uno de los principales productores de cereales y carne a nivel mundial. La estructura social se transformó radicalmente con la llegada masiva de inmigrantes y sobre todo se produjo una enorme concentración de la población en Buenos Aires. Nuestras posibilidades comerciales, conjuntamente con un modelo educativo laico y gratuito, permitieron una incipiente movilidad social ascendente. El sistema oligárquico entraba cada vez más en tensión con la burguesía comercial y su ascenso en la medida que ésta aspiraba acceder al control del Estado.

En 1905, se inicia un movimiento de carácter revolucionario, que tiene como dirigente principal a Hipólito Yrigoyen con el apoyo de la burguesía y la pequeña burguesía. Este movimiento termina de mostrar que sin la apertura de estos sectores sociales por la vía democrática la gobernabilidad resultaba imposible. Por eso, durante el gobierno de Roque Saenz Peña la oligarquía avanza sobre lo que resultaba inevitable: en 1912 este presidente promueve una ley que finalmente establece el voto secreto y obligatorio. Abogaban por un voto público para asegurar que los votantes no siguieran el mandato patronal. Para la misma oligarquía, el voto secreto no era

más que la representación de la ignorancia de las mayorías populares, sin la guía de la cultura patronal-oligárquica.
En 1916, Hipólito Yrigoyen llegaba al gobierno con un masivo respaldo popular, expresado en una ventaja de más de cien mil votos sobre sus adversarios. Asumió en medio de una enorme algarabía popular. El triunfo de la Unión Cívica Radical marcó un punto crucial en la historia política argentina: las masas, hasta entonces marginadas, irrumpen en la escena y su apoyo pasó a ser vital a la hora de que los dirigentes políticos asumieran sus funciones. El radicalismo se transformó entonces, en el primer movimiento político de carácter multitudinario con apoyo directo de los sectores populares rurales y urbanos. Sin embargo, las políticas de Yrigoyen no transitaron la dirección tan temida por los intereses ingleses, esto es, favorecer a los más vulnerables, por el contrario, se mantuvo en la perspectiva económica tradicional y la alianza británico-estancieril continuó intacta. Lo que no significaba que el yrigoyenismo no promoviera un conjunto de medidas de carácter inclusivo, para mejorar las condiciones de los trabajadores, lo que no formaba parte del imaginario conservador oligárquico. Por eso, muchas de sus acciones de gobierno fueron calificadas de “populistas”, término que en la cultura liberal adquirió un tinte peyorativo, que indicaba sobre todo la presencia de pánico a las masas.
Cuando la UCR accedió al gobierno nacional la situación económica era favorable. La guerra en Europa generaba situaciones ventajosas en la rentabilidad de nuestras transacciones mercantiles. Gran Bretaña compraba los productos argentinos de exportación en cantidad, produciendo un enorme saldo favorable en la balanza comercial, a punto que se pudo saldar parte de la deuda externa. Otro efecto positivo fue la disminución de las importaciones europeas, lo que permitió el crecimiento de algunos sectores de la industria nacional.
Tras la guerra, muchas colonias se cuestionaron los lazos con las metrópolis, se hicieron planteos para mejorar las condiciones de trato en intercambio. Yrigoyen reclamó un posicionamiento en la Liga de las Naciones. La demanda tenía que ver con establecer un criterio de igualdad entre todos los estados, grandes y pequeños. Fundamentalmente, intentaba establecer un derecho a discrepancia con las potencias mundiales. El rechazo de la solicitud derivó en que la Argentina se retirara de la Liga de Naciones, un paso atrevido; recordemos que las cifras de capital inglés invertidos en Argentina eras enormes y su influencia estaba presente en electricidad, ferrocarriles, bancos, puertos, empresas de transporte tranviario, frigoríficos y muchos servicios públicos.
Pese a ello, la política del radicalismo durante el gobierno de Yrigoyen tuvo un accionar de perfil obrerista buscando conservar el respaldo popular. Se produjo la reglamentación del trabajo a domicilio, la conciliación del Estado en casos de huelga con tendencia a favorecer a los trabajadores, la rebaja de los alquileres y el salario mínimo.
La única medida tomada por la oligarquía en relación a los trabajadores siempre fue la represión, su única acción social era el sable y la policía montada.
La semana que va del 7 al 14 de enero de 1919 será un punto que ilumina la encrucijada del yrigoyenismo entre el capital inglés, la clase dominante y los trabajadores. El disparador fue un conflicto en los Talleres Metalúrgicos Vasena, una de las principales empresas del país, aunque buena parte de sus acciones se encontraban en manos de intereses británicos. Se estima que los talleres empleaban unos dos mil quinientos trabajadores. La situación conflictiva se desató tras una baja de salarios, a lo que se sumó la contratación de mujeres y niños. La respuesta gremial ante esta situación no se hizo esperar y se declaró una huelga. Las demandas de los trabajadores se ampliaron: también plantearon una jornada laboral de ocho horas, además del pago de horas extra, lo que llevó a que le conflicto se expandiera a otros gremios que plantearon exigencias similares. Si bien la actitud del gobierno fue mantener el diálogo con los obreros, un elemento hasta entonces distintivo de la gestión de Yrigoyen, la presión ejercida por el capital británico y los empresarios nativos llevó a que finalmente el presidente de la nación “impusiera el

orden". Lo hizo con el uso de la fuerza, enviando primero a la policía y luego al ejército. El resultado fue una gran cantidad de trabajadores muertos, por lo que estos sucesos son recordados como la *Semana Trágica*. Después de ese cruento episodio, los límites del yrigoyenismo respecto a favorecer a los asalariados quedaron claramente develados. La postura del gobierno respecto de los trabajadores fue ambigua, acorde al modelo económico impulsado por la oligarquía, ligada al enfoque agroexportador del cual prácticamente no se apartó. Lo que no quita que el yrigoyenismo haya sido un punto de ruptura para las formas tradicionales de hacer política y que, con sus limitaciones, intentara establecer criterios parcialmente inclusivos para los trabajadores.

En octubre de 1922 asumió la presidencia Marcel T. de Alvear, representante de los sectores más conservadores del radicalismo. En lo estructural, la gestión de Alvear no tuvo diferencias sustantivas con el yrigoyenismo, además de haber extirpado de sus lineamientos políticos cualquier vestigio de vínculo con los sectores populares. Los grandes problemas que afectaban a los grupos sociales más vulnerables permanecieron inmutables: atraso general de la economía, latifundios, dominio del capital extranjero; con un marcado agravante: se esfumaron las condiciones económicas favorables generadas por la guerra. Es precisamente durante la presidencia de Alvear que aumenta considerablemente la inversión norteamericana, sobre todo mediante filiales de las grandes compañías de EE.UU que montan talleres y fábricas para comenzar a abastecer el mercado interno. Otras vías de novel flujo de capital son los empréstitos.

El gobierno de Alvear se encargará de obstaculizar el avance del capital norteamericano sobre nuestra economía. Su principal misión en ese sentido fue clausurar la posibilidad de que las empresas petroleras de los EE.UU. desplegaran sus intereses sobre los yacimientos petrolíferos nacionales. Los intereses norteamericanos, por su parte, representados por la Standard Oil, no cejaron en su intento de buscar aliados aprovechando las diferencias entre distintos sectores de la clase dominante argentina.

La resistencia que presentaba el bloque mayoritario burgués al capital de los EE.UU tuvo una respuesta contundente en un área sensible de la economía nacional: el gobierno norteamericano restringió de manera abrupta el ingreso de carnes argentinas. La Sociedad Rural Argentina dará una respuesta a la afrenta, fortaleciendo el vínculo con Gran Bretaña. Incluso el gobierno, acompañado por la Sociedad Rural, pensó en la posibilidad de firmar convenios comerciales de reciprocidad con Inglaterra, que excluyeran definitivamente a los EE.UU de cualquier tipo de negocio con la Argentina.

Los locos de la azotea

En su libro *Días de radio* Carlos Ulanovsky describe la escena con las primeras palabras de la emisión:

"Señoras y señores. La Sociedad Radio Argentina les presenta hoy el festival sacro de Ricardo Wagner, Parsifal, con la actuación del tenor Maestri, el barítono Aldo Rossi Morelli y la soprano argentina Sara César, todos con la orquesta del Teatro Costanzi de Roma, dirigida por el maestro Félix von Weingarten".

Tal fue la presentación que ofreció el propio Enrique Susini hacia las nueve de la noche de aquel 27 de agosto histórico. Era uno de los cuatro estudiantes de medicina de la Universidad de Buenos Aires que terminaron siendo los protagonistas de la primera transmisión radial de la Argentina, la que fue escuchada por menos de cien personas. Imaginaban una radiofonía al servicio de la difusión cultural; luego el medio "explotó" y se transformó en un fenómeno de masas. Sin proponérselo, aquellos fanáticos de la "telefonía sin hilos" cambiaron para siempre la

vida cotidiana de los argentinos. La radio nació, entonces, durante el mandato de Yrigoyen, de la mano de este grupo de jóvenes con la voluntad de experimentar con la nueva tecnología. El medio emergió inicialmente como producto de la curiosidad de un grupo de pioneros: Enrique Susini, César Guerricó, Miguel Mujica, Ignacio Gómez y Luis Romero Carranza. La responsabilidad principal del evento recayó sobre Susini, que en 1919, tras un recorrido por Francia, había investigado sobre el funcionamiento de los equipos trasmisores empleados por el ejército francés para establecer contactos entre frentes, durante el transcurso de la primera guerra mundial. La iniciativa no tuvo en su origen ningún vínculo de carácter comercial, ni tampoco injerencia alguna del Estado. Estos jóvenes conformaron LOR Sociedad Radio Argentina y acordaron montar una antena sobre la terraza del teatro Coliseo; por ello lo de "los locos de la azotea".

El marco legal en el que se va a inscribir la radio está lejos de ser específico, lo que implica la poca relevancia que por entonces le daba la esfera política al incipiente medio. Será la Ley de Telégrafos Nacionales, elaborada durante la presencia de Avellaneda y en vigencia desde el 7 de octubre de 1875, la que servirá de marco provisorio al nuevo medio de comunicación. La ley, fundamentalmente, establecía las obligaciones para el cumplimiento del servicio, la jurisdicción y la autoridad de aplicación. Desde ya, no contenía ningún artículo específico para las particularidades de la radiofonía.

El monopolio estatal de las comunicaciones telegráficas implicaba la relevancia que se otorgaba a los telégrafos. En particular, en su definición como transmisor de información que en muchos casos resulta valiosa. Por eso, uno de los argumentos para la su estatización tenía que ver con la seguridad nacional. La insuficiencia del marco legal vigente para el desarrollo de la radiofonía permitió un crecimiento a base de muchas improvisaciones; los permisos para el funcionamiento se solicitaban en la ciudad de Buenos Aires y tenían, por su escasa potencia, un alcance solo comunal. Sin embargo, esta actividad no era exclusiva del municipio porteño ya que también otorgaba habilitaciones de funcionamiento al Ministerio de Marina, inmediatamente después intervino en el mismo sentido el Ministerio del Interior por medio de la Dirección General de Correos y Telégrafos.

Hacia 1922 la única radio afianzada era LOR Radio Argentina, aunque la evolución posterior sería rápida. En 1923, a decir del anuario de *La Razón*, "ocurre una multiplicación de casas de comercio dedicadas exclusivamente a este ramo, se implantan nuevas y poderosas estaciones de aficionados".

Los radioaficionados de esta época de pionerismo -sostiene Beatríz Sarlo- forman parte de un círculo en todos los sentidos: esos primeros años de la radio unían la vocación técnica con el nuevo placer y la excitación de la comunicación a distancia; las revistas y las emisoras constituían una red donde era posible encontrar suministros, consejos, *know-how*, experiencias y dificultades compartidas, los oyentes eran, al mismo tiempo, técnicos y potencialmente también emisores; enfrentaban los mismos problemas, intercambiaban recetas infalibles, se aconsejaban mutuamente. En 1923 la locura se alimenta con varias publicaciones, una exposición en el Luna Park, una red de informal de aficionados. La radio realiza una fantasía donde conviven la técnica y la maravilla. La autora llama esta etapa la del "bricolaje radiofónico"; el saber hacer potencia el disfrute. Como si las transmisiones no fueran solo un momento pasivo.

Se habla en ese momento del "milagro" de la radio, que responde a la realización práctica de un mito: comunicarse con lo que no se ve, superar los límites de la materialidad corporal de los sentidos; la radio, imaginariamente, tiene un poder relacionado con lo inmaterial: no se necesita conocer sus reglas científicas para acceder al disfrute. Se puede establecer, dice Sarlo, un corte neto entre el saber científico que hace posible la radio y el saber técnico con el cuales se manipulan los elementos que componen el aparato casero. Se opone así, el mundo de la cultura

institucional al mundo de los tallercitos de barrio. El hobby desborda a la elite y se extiende, democráticamente, a las capas de la pequeña burguesía. Se trata de un circuito de comunicación simétrica, de ida y vuelta entre iguales.
Pero poco a poco aparecen los oyentes, para quienes la radio ya no es un hobby sino un pasatiempo: se trata del público de las broadcastings. No tienen como objetivo convertirse en armadores artesanales. Lo maravilloso de los aficionados se convierte en un espacio de ensoñación, separado del momento técnico.

La aparición de nuevas radios en el espacio radioeléctrico fue cambiando el paisaje de la radiodifusión. La inauguración de Radio Cultura, el 6 de diciembre, transmitiendo desde el Hotel Plaza, abre el juego para comenzar a pensar un medio con rasgos incipientemente comerciales; sus mentores eran los hermanos Federico y Enrique del Ponte, a los que se sumó el ingeniero Alberto de Bary; poseían un permiso otorgado por la Municipalidad porteña. La particularidad de este permiso consistía en que estaban habilitados a difundir publicidad con contenidos férreamente morales. La publicidad emitida no podía ocupar un tiempo superior al treinta por ciento del total de la transmisión diaria. Era la primera vez que un marco legal tenía en cuenta a la publicidad como una dimensión que debía ser regulada. En la medida en que la forma de financiamiento de la radiodifusión no había sido definida, el empleo de anuncios emergía como una novedad. Claro signo anticipatorio del modelo de financiamiento del medio que finalmente será elegido. Hasta entonces el funcionamiento de las radios se sostenía a partir del aporte de sus promotores.
La radio comenzaba a tener llegada a todos los niveles sociales, sobre todo a los sectores populares que con unos pocos centavos podían producir sus propios aparatos receptores. La radiofonía tenía un perfil inclusivo y se transformaba lentamente en un medio de masas. Después de Radio Cultura se creó Radio Sudamérica. Sus formas de sostenimiento en el éter van trazando tres caminos diferentes: por un lado, Radio Argentina se sustentaba con los aportes de sus dueños; Radio Cultura empleaba la publicidad y Sudamérica utilizaba la venta de aparatos receptores. Estos tres sistemas de explotación convivían sin una definición clara por parte del Estado.
Hacia 1923 se presentan un conjunto de proyectos de ley en la Municipalidad de Buenos Aires, con el afán de comenzar a regular algunas cuestiones del joven medio de comunicación. En términos generales, las propuestas plasmadas estaban plagadas de vacilaciones. Sobre todo porque aún las potencialidades de la radiofonía eran poco claras. El Proyecto de Ley de Rodolfo Moreno es, tal vez, el más preciso. En algunos aspectos, menciona con claridad la palabra “broadcasting” y traza un marco contextual trayendo a colación lo ocurrido en términos organizativos en Inglaterra y en Estados Unidos. Por otra parte, promueve la distinción entre aquellas estaciones emisoras que producen ganancias a través de la publicidad y la venta de aparatos receptores, lo cual supone que les permite tener programaciones más atractivas para la audiencia, de aquellas que despliegan su actividad sin voluntad de lucro y por lo tanto ofrecen menos alternativas en la programación. Moreno establece una equivalencia entre este segundo tipo y el servicio que ofrecen los ferrocarriles y el telégrafo, ubicándolas como un servicio público.
Es interesante destacar el hecho de que los empresarios radiales, a pesar de ser pocos y con interese disímiles, sabían que sus radios eran escuchadas y que los oyentes iban en aumento; rápidamente tomaron conciencia del poder que ello les otorgaba.
El momento decisivo para la incipiente industria radial argentina llegó en 1923, cuando Luis Firpo desafió a Jack Dempsey por el título de campeón de peso pesado. La compañía norteamericana RCA, miembro del consorcio multinacional dueño de Radio Sudamérica transmitió la pelea a

Argentina usando el código morse, RCA estaba asociada a Radio Cultura que transmitió una traducción simultánea de cada round. El intento de Firpo de destronar al campeón norteamericano se convirtió en una cuestión de orgullo nacional. Cientos de *fans* se congregaron fuera de las oficinas del diario, en cines, clubes sociales e incluso en las oficinas de los partidos políticos para escuchar la transmisión. Los productores y los distribuidores locales aprovecharon la pelea para pasar anuncios y ofrecer descuentos en la compra de equipos de radio.

Transcurridos tan solo tres años desde que los acordes de la opera Parsifal fueran diseminados por el éter, lanzaron un paro de carácter patronal que recibió el nombre de "huelga de silencio". Se dejó de transmitir por varios días. La intención era generar malestar en la audiencia, para darle mayor peso a sus reclamos y así obligar al Estado a dar respuesta a sus demandas. Reclamaban la elaboración de regulaciones específicas para el medio. Será recién en 1924 cuando el Poder Ejecutivo emita el primer decreto que menciona particularmente al broadcasting como emisor de expresiones culturales. El instrumento legal escindía a las emisiones en dos clases, de acuerdo a su potencia de emisión: A o B. El responsable del otorgamiento de las licencias para operar era el Ministerio de Interior o en su defecto el de Marina. Las licencias concedidas tenían un carácter estrictamente personal, por lo tanto no eran transferibles y perimían cada 31 de diciembre, por lo que debían renovarse con la suficiente antelación para que la estación pudiera seguir funcionando normalmente.

El 9 de junio de 1924 aparece en el panorama radial Radio nacional estación Flores. Estaba instalada en una humilde casa y sus iniciadores fueron Manuel Panallla, Ernesto López Barrios y Raúl Varando. Eran tiempos en los que la sofisticación técnica no abundaba; no existían los paneles aislantes acústicos y mucho menos consolas con controles para los operadores, ni transmisores de alta potencia. Radio Nacional Estación Flores como otras tantas, era una casa que en su interior contenía todos los elementos de la estación. El estudio se construyó en una de las habitaciones del hogar y la cocina era el ámbito donde se ubicaba el equipo transmisor. Jaime Yankelevich, propietario de una casa de venta de equipos de radios desde 1920, compró esta emisora. El muevo dueño accedió al medio mediante la adquisición directa de licencia, lo que marca una irregularidad en la medida que las licencias eran otorgadas de manera personal, y por lo tanto no eran transferibles. Luego, con el peronismo en el poder, este hecho acarreará complicaciones legales. Yankelevich propone un tipo de programación de carácter popular, con un fuerte acento en el entretenimiento y en el show. Así logró, casi de inmediato, un gran imperio en la captación de audiencia. Hizo uso de la publicidad como forma de financiamiento del negocio radial; al mismo tiempo, se transformó en el primer propietario de una radio que contrató artistas bajo un régimen salarial y con contrato de exclusividad. Hasta ese entonces, las actividades artísticas que la radio incorporaba no contemplaban la posibilidad de pago alguno. La forma en la cual Yankelevich ideó la manera de rebautizar la radio indica su capacidad para pensar las audiencias con un criterio participativo y no meramente pasivo. Con ese criterio tomó la decisión de que fuera el público quien le asignara un nuevo nombre a la emisora; la respuesta no se hizo esperar y una masiva cantidad de correspondencia fue la que finalmente bautizó a la emisora como radio Belgrano.

Yankelevich vio al medio como una oportunidad comercial, no como algo artístico y eligió al tango y a otros medios populares por su atractivo extendido. Deslumbraba tanto a sus detractores como a sus admiradores con su talento para identificar el gusto popular. Se lo acusaba de "populachero" y de ofrecer una "cátedra de mal gusto". Yankelevich decidió "darle a la gente lo que pide" en el momento de diseñar la programación radial. Esquivando cualquier cosa demasiado erudita, Radio Belgrano ofrecía música popular, radioteatro, sketches cómicos, noticias y eventos deportivos. Introdujo la música en vivo y la contratación de artistas.

El show más popular de esta radio era *Chispazos de tradición,* una radionovela criollista, escrita por José González Pulido en la que las historias de gauchos y chinas estereotipados, música folklórica y ambientados en las pampas, atraían a grandes cantidades de público. Con el criollismo y el tango, la radio ofrecía a la audiencia argentina un acceso a la modernidad en términos locales.
A mediados de los años '30, la feroz competencia radial había producido una gran homogeneidad, ya que prácticamente todas las emisoras buscaban reproducir el éxito de Radio Belgrano. Radios como *Excelsior*, *Splendid* o *El mundo*, poco a poco imitaron este modelo. La competencia en el mercado radial produjo una tendencia a la uniformidad.

Las necesidades de vínculo y de potenciación de intereses comunes entre los empresarios, comerciantes e importadores, ligados al ramo radioeléctrico terminaron de consolidarse cuando el 22 de abril de 1924 se constituye la Asociación Argentina de Broadcasting. El fin de dicha organización era acrecentar el interés de la audiencia por la radio.
Será el presidente Alvear, en 1925, quien modificará el marco normativo establecido en 1924 agregando cuestiones relacionadas con la regulación de contenidos. Esta inquietud del gobierno implicaba un reconocimiento al despliegue y enorme popularidad que la radiofonía estaba teniendo. El articulado comenzaba así: …"podrán efectuar transmisiones cuyo objeto sea, el de difundir noticias de interés general, conferencias, conciertos, ya audiciones culturales".
En la medida que el interés social y económico se acrecienta, también comienza a crecer la preocupación político-gubernamentales pero esta atención no se desplaza a la norma; las tramas legales todavía no se dedican con exhaustividad a las regulaciones de contenidos, a qué se puede decir y qué no. El año 1925 ve nacer lo que podría designarse, con categorías actuales, el primer multimedio en la Argentina: LOZ Broadcasting La Nación, cuyo propietario directo es S.A La Nación, Luis Mitre y Cia. De esta manera se va generando un primer tipo de concentración comunicacional de carácter vertical; es decir, más de un medio de distinto tipo en manos de un mismo dueño. El noticiero recibía las noticias de primera mano, provistas directamente por el diario, ubicándose a la vanguardia en lo que respecta a la difusión informativa. Con treinta días de diferencia, del diario Crítica avanzó en una política similar; su propietario, Natalio Botana, cerró un acuerdo con LOR Radio Argentina y ésta pasó a denominarse LOR Broadcasting de *Crítica*. Haciéndose cargo de la radio, el periódico constituía un nuevo caso de concentración mediática. Por entonces no se vislumbraban sus efectos nocivos en lo que respecta a la difusión informativa. *Crítica* recibía con orgullo su nueva adquisición, destacando en tapa la importancia de que un diario extendiera la difusión de su material informativo a través de una poderosa estación de radio. Los diarios, además, comenzaron a captar que la radio podía convertirse en un rival de temer a la hora de disputar avisos publicitarios. Por eso, la adquisición de emisoras radiales garantizaba mantener el conjunto de la publicidad, eliminando así la competencia por la fuente de financiamiento.
En 1927, por iniciativa de Regina Pacini de Alvear, esposa del presidente de la Nación, se creó Radio LOS Broadcasting Municipal. Esta decisión señaló un importante hito en la historia radiofónica, en la medida que fue la primera emisora estatal en la Argentina.
Hasta aquí la radio presenta un espectro variopinto de posibilidades, sin que ninguna predomine definitivamente, ni en su dimensión económica, ni en las normas que de manera poco ortodoxa intentaban enmarcar su funcionamiento, ni en los tipos de programación que cada emisora establecía. Es un período que perfectamente podría ser designando como de libertad plena. Sobre todo, en la medida que no había controles exhaustivos –línea por línea- de lo que se decía, ni aparecen elementos estrictos de censura (ni previa ni posterior) a la emisión de los

mensajes. El Estado, los gobiernos de turno que lo administran y la política en general mantienen una política expectante, de intervenciones esporádicas y sin criterios integrales que piensen al nuevo medio en sus múltiples aspectos. Si la influencia de la economía británica se hace notar en todos los avatares de la vida nacional, en el caso de la radiofonía el modelo de la BBC londoniense no parece ser el espejo donde finalmente se reflejará el desarrollo del nuevo medio en la Argentina.

En octubre de 1928, a pesar de la enconada oposición de Alvear y el grupo de los "antipersonalistas" regresa al poder Hipólito Yrigoyen, votado por una gran mayoría. Los capitales británicos saludaron con beneplácito su nuevo acceso al gobierno. La que se mostraba incómoda con la nueva gestión era la burguesía vernácula, que sentía, otra vez, la molestia que le provocaban ciertas políticas obreristas y el pueblo festejando en la calle. Para entonces existían en Capital Federal 23 estaciones de radio. La masificación del medio está en pleno auge y será el segundo gobierno de Yrigoyen quien elaborará la primera estructura reglamentaria de carácter nacional, precisa y abarcadora de los múltiples aspectos de los servicios de radiodifusión.

El reglamento está constituido por quince artículos, prácticamente todos dedicados con exclusividad a la radiodifusión; sólo algunos hacen mención a otro tipo de servicios radioeléctricos ligados a radioaficionados o a estaciones costeras. El Estado, ahora, es protagonista pleno en lo que respecta a la distribución de frecuencias, No podrán establecerse emisoras nuevas sin una habilitación de la autoridad asignada para tal fin, en este caso será la Dirección General de Correos y Telégrafos.

La nueva normativa deja claro que se trata de un punto de inflexión, un criterio demarcatorio, que establece el pasaje de la libertad plena a la libertad acotada. Esta vez las autoridades gubernamentativas planifican la cantidad de frecuencias a otorgar, y una vez adjudicadas las bandas de frecuencias disponibles, la única posibilidad de acceso a un espacio para una nueva estación dependía de que quedara vacante una frecuencia. La regulación de contenidos, tenía un carácter general apuntando fundamentalmente a que las emisiones tuvieran un objetivo cultural y artístico: …."las transmisiones deberán tener como primordial objeto ofrecer al radioescucha, audiciones altamente artísticas y culturales".

Existe, además, la voluntad del Estado de intensificar su fiscalización de lo que se emite. Las estaciones debían remitir los programas correspondientes con una anticipación de ocho días. En realidad, se trataba solamente de una fiscalización de los títulos de la programación, pero no del contenido ideológico y texto de los mismos.

La norma admitía la publicidad comercial, pero delimitando su empleo a un uso mesurado, que no afectara la calidad de la programación. De esta forma se reconocía de hecho que el sistema radial había adoptado como principal fuente de financiamiento a la publicidad. La regulación prohibía la transmisión en cadena, es decir, la posibilidad de que dos o más radios emitieran la misma programación al unísono, salvo algún caso de interés general previa autorización.

La centralidad que va adquiriendo la radiofonía para la sociedad argentina, se manifiesta, entre otros aspectos, en la gran cantidad de revistas que se dedican a comentar las programaciones. Se destacan Radio Cultura, Radio Lectura y en 1928 se publica *La Canción Moderna* que más tarde será *Radiolandia.*

El período que transcurre entre 1928 a 1930 es un tiempo en donde se produce un fuerte reacomodamiento en el espectro radioeléctrico por la intervención estatal. Comienza a existir cierto orden en lo que se había convertido en un caos, sobre todo por las interferencias entre emisoras. Acompaña esta situación un conjunto de cambios técnicos que permiten que se fabriquen aparatos receptores de menor tamaño, que a partir del uso del enchufe se conectarán a la red de energía eléctrica.

La dinámica de funcionamiento de la radio argentina se acercaba de manera inexorable al modelo norteamericano de radiodifusión; aunque las miradas críticas culturalistas albergarán alguna esperanza y esperaban que las leyes por venir terminaran por definir un paradigma acorde a la BBC. La disputa final se saldará en la década siguiente, cerrando el perfil definitivo de la estructura radiofónica nacional.
Al regular los contenidos de la publicidad y de la programación, el gobierno implícitamente aceptó el carácter comercial y competitivo de la radio argentina. Aunque las emisoras no comerciales administradas por los gobiernos provinciales y municipales y por las universidades fueran más numerosas en Argentina que en Estados Unidos, nunca representaron un verdadero desafío para las emisoras comerciales. A diferencia de los sistemas de radioemisión con financiamiento público y administradas por el Estado que funcionaban en Europa, Argentina siguió a Estados Unidos en la creación de un sistema en el que las frecuencias radiales eran propiedad pública, pero se otorgaban bajo licencia fundamentalmente a individuos particulares o a entidades con fines de lucro. Ante la falta de una poderosa presencia extranjera y de un Estado intervencionista, la radio surgió como una arena lucrativa para pequeños empresarios.
La radio argentina permaneció en manos privadas hasta el momento de la estatización de los medios durante el peronismo.

La radio en el interior del país. El caso de Tucumán

Si la conformación del territorio nacional tuvo como centro a la ciudad de Buenos Aires y su puerto, la radiofonía también se desplegó de manera más rauda y vigorosa en la capital porteña que en el resto del país. Las provincias con mayor cantidad de recursos económicos y mayor concentración poblacional incorporaron con fluidez la nueva tecnología comunicacional; en cambio, las provincias más alejadas, con menor cantidad de población y menos recursos económicos llegaron tardíamente a consolidar un sistema de radiodifusión. Esta última situación se mostró en el sur del territorio, donde las enormes distancias y la extrema escasez de población hacían imposible el desarrollo comercial de la radio. Hay que agregar la carencia de políticas públicas que pudieran visualizar en la radio algo más que un medio de comunicación rentable y que pensaran a la radiofonía como un servicio público capaz de unir al territorio nacional. Las radios, entonces, se instalaron en los lugares de mayor densidad poblacional, por lo general en las capitales de las principales provincias que garantizaban la presencia de audiencia, lo que era fundamental para los auspiciantes y sus posibilidades de venta. En provincias como Santa Fe, cuya pujanza y capacidad de desarrollo eran notorias, la radio surgió prácticamente al mismo tiempo que en Buenos Aires: a mediados de 1920 FI Roca Soler se lanzaba a la aventura de la difusión en el éter. Mientras que en provincias pequeñas tardaron unos años más.

La primera transmisión en Tucumán

La primera transmisión radioeléctrica de Tucumán tuvo lugar el 29 de junio de 1919. Fue en esa fecha que el sacerdote lourdista Juan M. Cazes, desde el Colegio Sagrado Corazón, donde vivió y enseñaba Física, fue captado por otro pionero de la radiotelefonía tucumana , Ricardo Frías que tenía apenas 17 años, en su casa de calle Las Heras (hoy San Martín) al 400, actual sede de la FET, distante casi un kilómetro.
La historia dice que estas comunicaciones fueron preparando el camino para lo que vino después. Relata *El Orden* del 14 de octubre de 1922: “Luego de las más diversas experiencias que la época podría brindar -escribía el joven Ricardo Frías (h) -, con mi transmisor de apenas 5

vatios, construido en colaboración con el padre Juan M. Cazes, mantuvimos una conversación que fue oída en el tren El Rápido, que viajó con destino a Retiro y estaba pasando por Ranchillos, a unos 35 kilómetros de esta ciudad ". El transmisor de cinco vatios construido por Frías comunicó con el tren a plena marcha; allí se había instalado una antena en el coche comedor a 15 cm sobre el techo.

El primero de septiembre de 1923, Tucumán incorporó un adelanto tecnológico trascendental: se produjo la primera transmisión radial abierta que podría ser recibida por aquellos que tuvieran los aparatos correspondientes.

Las emisiones de nuestra primera “transmisión” se realizaron desde la planta alta de la Sociedad Sarmiento. La estación y el montaje de los aparatos fueron obra de socios del Radio Club Tucumán: Ricardo Frías, el doctor Ricardo Bascary y Alberto González Acha .

Nuestra crónica de aquel histórico día expresaba: “la prestigiosa institución tucumana cuyos recientes triunfos la han colocado en un lugar destacado entre sus similares, sus programas de conciertos selectos cuya realización constituye uno de los fines principales de la estación instalada en el edificio de la Sociedad Sarmiento ". En esa misma noticia se destacaba que el transmisor era producto de la industria nacional y proveniente de los “talleres de la Compañía Radio Telefónica Argentina”. Había sido vendidos por la casa Guerrero y Gache de Buenos Aires. Todas las instalaciones de la estación y el montaje de los equipos habían sido proyectados y dirigidos por la comisión especial designada a esos efectos, compuesta por Frías, Bascary y González Acha. Ellos fueron nuestros locos de la azotea.

Primer programa

El programa, que comenzó puntualmente a las 22, fue abierto por el director de la Sarmiento, Juan Heller, que logró ese avance trascendental para la provincia y para la región. Aquella primera audición se completó con una serie de interpretaciones de prestigiosos artistas y aficionados a la música de la comunidad. Hubo una decena de actuaciones que se iniciaron con "Preludio de Chopin” y “Vals de Brahms" a cargo de la pianista tucumana Sarah Carrera.

Con sus palabras el doctor Heller, quien años después fue presidente de la Corte Suprema, se convirtió en la primera persona cuya voz pudo ser escuchada a través de una transmisión radial pública en la provincia.

El violinista Heraclio Vivié interpretó “Aires Rusos” de Wieniawski. Luego se actuó violonchelista Carlos Olivares con “Réverie” de Schumann y “Gavotte” de Popper. Al alcanzar la mitad de la programación, los tres músicos interpretaron “Trío I” de Mendelsshon. Tras ellos, Haydée Malmierca recitó el poema “La vuelta de los vencidos” de Luis de Oteyza y casi al finalizar la velada recuperó el micrófono Heller para presentar “Romántica” de Teodoro Llorente. De igual manera, la soprano Irma Horrock intercaló sus actuaciones con los poemas de Malmierca. Horrock interpretó, en primer término, la canción mexicana “Estrellita” y casi sobre el cierre, “Villanelle”, de Eva Dell Acqua.

Aquella emisión histórica concluyó con la presentación de Delfín Valladares, que declaró su "Plenilunio rural". De esta manera, el padre de los reconocidos folcloristas Rolando “Chivo” y Leda Valladares, fue quien le puso punto final a la primera transmisión pública de radio en Tucumán.

Estos programas se mantuvieron en forma regular. Se iniciaban a las 22 y estaban en el aire durante dos horas.

Una rara coincidencia hizo que en aquel momento de 1923 los cines tucumanos exhibieran en sus pantallas una serie norteamericana titulada “El rey de la radio”. La producción, compuesta de 10 capítulos por entregas semanales, había sido estrenada en Estados Unidos hacia fines de 1922. La película dirigida por Robert Hill era protagonizada por Roy Stewart, Louise Lorraine, Sydney Bracey. Una síntesis de la historia señala que Bradley Lane (Stewart) era lo que solía

llamarse a un "detective científico", alguien que usa la última tecnología para resolver crímenes. Su especialidad era la radio. Micrófonos, auriculares y escuchas telefónicas, algunos de los aparatos eran de su propia invención, formaban parte de su arsenal tecnológico.
La primera transmisión “orgánica” la realiza LV7 Radio Tucumán, “Primera del Norte Argentino” el 28 de noviembre de 1928.
En 1937 García Hamilton y Enrique Gullón fundan LV12 Radio Aconquija. Es cerrada por Perón en 1947 pero la reabre el mismo año Élida Pascualini de Acosta con el nombre de Radio Independencia.
En 1948 se inaugura LW3 Radio Splendid, filial de la de Buenos Aires. En 1955, tras la Revolución Libertadora, pasa a llamarse Congreso.
El 9 de julio de 1966 Carlos Onganía inaugura Canal 10 y Radio Nacional de Tucumán.
El 24 de mayo de 1978 se inaugura la primera FM, Radio Nacional.
En 1989 se crea Radio Universidad.

Bibliografía

Barbier, Fréderic y Lavenir, Catherine. *Historia de los medios. De Diderot a Internet.* Buenos Aires: Colihue, 1999.
Bravo, Enrique. *Señoras y señores…la radio está en el aire.* Buenos Aires: Ciencia y Humanismo, 1998.
Com, Sergio (Comp). *Los Medios de comunicación en la Argentina (1920-2013). De los locos de la azotea a las corporaciones multimediáticas.* Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, 2017.
Karush, Mattheu, B. *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida.* Buenos Aires: Paidós, 1912.
Sarlo, Beatríz. *La imaginación técnica*. Buenos Aires: Nueva Visión.1922. pp. 107-121. Sarlo, Beatríz, La imaginación técnica. Buenos Aires: Nueva Visión.1922. Pp. 107-121.
Sola Pool, Ithiel. “Discursos y sonidos de largo alcance” en *Historia de la comunicación. De la Imprenta a nuestros días.* Barcelona: Ed.Bosh,1992. Pp. 83-116.
Riva, Manuel. “La primera transmisión radial pública” La Gaceta, 4 de setiembre de 2018.